

La colección *Un libro por centavos* iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante quince años (2003-2018) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Standford, Yale y Harvard.

El n.º 159 *En mi flor me he escondido*, Antología con versiones del poeta José Manuel Arango, autor también de la colección, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo de Miguel Méndez Camacho, decano cultural y director de la Colección.

Reconocemos a la editorial de la Universidad de Antioquia, la generosa y eficiente colaboración que nos brindó para la publicación de este poemario, editado originalmente por la imprenta Universidad de Antioquia, Medellín 2006.

Selección y cuidado de
Miguel Mendez Camacho

Versiones de
José Manuel Arango



N.º 159

Emily Dickinson

*En mi flor
me he escondido*

Antología

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2019

ISBN 978-958-790-

© Universidad Externado de Colombia, 2019
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Agosto de 2019

Imagen de carátula
Emily Dickinson, por David Alba Salazar,
técnica mixta, 24 x 25 cm., julio 2019

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 15 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibporpercentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

DAVID ALBA (Bogotá 1980). Diseñador gráfico, editor, ilustrador y fotógrafo. Apasionado por la naturaleza. Durante 16 años ha sido ilustrador y diagramador editorial de la Universidad Externado de Colombia. Ha realizado numerosos trabajos para varias Facultades y la Decanatura Cultural, entre los que se destacan: la ilustración de cubiertas de poemarios de *Un libro por centavos* y diseño del logotipo de la Colección poética. La realización de la colección de *Cuadernos Culturales* y la diagramación e ilustración de los libros: *Antología del concurso de cuento 1970-2002*; *Antología del concurso nacional universitario de poesía 1990-2004*, *III Antología: concursos universitarios nacionales de cuento corto y poesía 2003-2012* y *Antología de poetas iberoamericanas. Ellas Cantan*, entre otros.

CONTENIDO

12 [9], 26 [10], 54 [11], 57 [12],
77 [13], 80 [14], 89 [15], 91 [16],
98 [17], 99 [18], 101 [19], 113 [20],
119 [21], 128 [22], 134 [23], 135 [24],
136 [25], 172 [26], 182 [27], 201 [28],
223 [29], 224 [30], 239 [31], 249 [32],
294 [33], 315 [34], 324 [35], 327 [36],
335 [37], 359 [38], 381 [39], 405 [40],
407 [41], 410 [42], 419 [43], 421 [44],
425 [45], 430 [46], 433 [48], 443 [49],
449 [51], 501 [52], 521 [53], 543 [54],
547 [55], 568 [56], 600 [57], 623 [58],
657 [59], 676 [60], 712 [61], 738 [63],
739 [64], 850 [65], 888 [66], 1083 [67],
1129 [68], 1151 [69], 1233 [70], 1251 [71],
1263 [72], 1316 [73], 1322 [74]

12

Las mañanas son ahora más suaves.
Se van volviendo pardas las nueces.
No está la rosa ya y los carrillos
de las bayas se ven más regordetes.

El arce lleva una bufanda más festiva
y un vestido escarlata el campo.
Para estar a la moda de la estación,
también yo me pondré algún adorno.

26

Es todo lo que hoy tengo
para traer. Esto y mi corazón.
Esto y mi corazón, todos los campos
y las vastas praderas.
Lleva la cuenta: si se me olvidara,
alguien podría hacer la suma.
Esto y mi corazón y las abejas
que habitan en el trébol.

54

Si yo muriese
y tú vivieras,
si el gorjeo del tiempo siguiese,
la mañana sonriera,
quemara el mediodía
como lo ha hecho siempre.
Si siguieran los pájaros, como antes, construyendo,
alborotando las abejas,
una se iría a gusto
de esta empresa de abajo.
Bueno es saber que se sostendrán las acciones
cuando yazgamos entre margaritas,
que el comercio continuará,
que el tráfico será tan animado.
Eso serena el alma
y hace tranquila la partida:
saber que tan vivaces caballeros
dirigirán la grata escena.

57

Para ser reverentes ante los simples días
que nos traen las estaciones,
es suficiente recordar que pueden
restar —de ti, de mí— la nadería
que se llama *mortalidad*.

77

Nunca oí la palabra “fuga”
sin un azogue de la sangre,
una súbita expectación,
una actitud de vuelo.

Jamás oí contar que fueran
derribadas prisiones,
sin que de mis barrotes me aferrara...
sólo para caer de nuevo.

80

Nuestras vidas son Suizas.
¡Tan serenas, tan frías!
Hasta que —alguna tarde—
los Alpes descuidan sus cortinas
y podemos mirar más lejos.

¡Italia está del otro lado!
Mientras que —como guardias—
los Alpes solemnes,
los sirénicos Alpes
¡se interponen siempre!

89

Hay cosas que vuelan:
los pájaros, las horas,
los abejorros.
No quiero para ellas elegía.

Algunas cosas permanecen:
la pena, las colinas,
la eternidad.
Tampoco estas me tocan.

Las hay que —yéndose— se quedan.
¿Puedo decir el cielo? ¡Qué callado
se halla el acertijo!

91

Cuando la divisé, ¡tan tímida!
¡Tan linda, tan avergonzada!
¡Tan escondida entre sus hojas
porque nadie la hallara!

¡Tan sin aliento hasta que junto a ella
pasé! ¡Tan indefensa cuando
me volví y la arranqué —luchaba, enrojecía—
de su simple querencia!

Por quién le robé al huerto,
por quién traicioné al valle,
muchos, sin duda, me preguntarán.
Pero yo nunca contaré.

98

Una dignidad nos espera
a todos una mitrada tarde.
Nadie puede evadir esta corona
ni evitar esta púrpura

que concede lacayos y carroza,
cámara, multitud y fasto
y campanas cuando imponentes
recorramos el pueblo.

Qué dignos asistentes, qué servicios
cuando el cortejo haga una pausa,
qué lealmente para despedirnos
se alzarán cientos de sombreros.

La pompa excederá a la del armiño
cuando tú y yo —sencillos como somos—
presentemos nuestro sumiso escudo
para solicitar el rango de la muerte.

99

Nuevos pies corretean mi jardín,
nuevos dedos escarban en el césped.
Un trovador delata
desde el olmo la soledad.

Nuevas criaturas juegan sobre el verde
y otras duermen debajo, fatigadas.
Y aún la pensativa primavera
vuelve. Y torna —puntual— la nieve

101

¿Habrá de veras una “mañana”?
¿Hay una cosa así como el “día”?
¿Podría verla desde las montañas,
si yo fuera tan alta como ellas?

¿Tiene pies como los nenúfares
o tiene plumas como un pájaro?
¿La traen de países famosos
de los que nunca he oído?

¡Oh, que algún erudito, algún marino,
algún sabio del cielo
le diga a esta pequeña peregrina
en dónde está el lugar que llamamos “mañana”!

113

Sobrellevar nuestra porción de noche
o nuestra parte de mañana,
llenar nuestro vacío de alegría,
llenarlo de desdén.

Aquí una estrella, allá una estrella.
Algunas pierden el camino.
Aquí una bruma, allá una bruma.
Después, ¡el día!

119

Háblale con prudencia a un mendigo
del Potosí y sus minas
y reverentemente al que está hambriento
de tus viandas y vinos.

Da a entender al cautivo con cautela
que llegaste a ser libre:
anécdotas de aire en las mazmorras
¡han resultado de mortal dulzura!

128

En una copa tráeme el ocaso,
enumera los pomos de la aurora
y cuéntame el rocío que hay en ellos.
Dime cuán alta se alza la mañana
y cuánto tiempo duerme el tejedor
que urdió la azul anchura.

Escribe cuántas notas tiene el éxtasis
del nuevo petirrojo
entre asombradas ramas,
cuántas jornadas hace la tortuga,
y cuántas copas bebe
la abeja, libertina del rocío.

Quién puso al arco iris sus pilares
y quién guía las dóciles esferas
con mimbres de sumiso azul.

Qué dedos hilan las estalactitas.
Quién cuenta las monedas de la noche
para que no falte ninguna.

Quién construyó esta casa cristalina
y cerró de tal modo las ventanas
que es incapaz de ver mi espíritu.
Y quién me sacará un día de gala
con alas para huir
que sobrepasan cualquier pompa.

134

Tal vez quieras comprar una flor,
pero no te la vendería.
Si la quieres prestada
hasta cuando el narciso

se quite su amarillo bonete
junto a la puerta de la villa,
hasta que las abejas de los tréboles
saquen su vino...

Bueno, sólo hasta entonces
puedes tenerla. Ni una hora más.

135

Aprendemos el agua de la sed
y de la travesía de los mares la tierra,
el arrebató de la angustia
y la paz del recuento de batallas,
el amor de su hueco memorioso,
de la nieve los pájaros.

136

Si tienes en el pecho un arroyuelo
donde brotan tímidas flores
y ariscas aves bajan a beber
entre sombras que tiemblan,

y tan callado fluye
que nadie lo sospecha,
pero tú bebes cada día en él
tu sorbito de vida,

guárdalo en marzo, cuando se desbordan
los ríos y la nieve cae
por la colina abajo y con frecuencia
arrastra puentes la crecida,

y más tarde, en agosto,
cuando el prado esté ardido,
cuida que este pequeño arroyo vivo
no se seque un quemante mediodía.

172

¡Cuánta alegría! ¡Sí, cuánta alegría!
Y si llego a perder, ¡cuánta pobreza!
Pero otros tan pobres como yo
lo aventuraron todo a un solo lance.
Y ganaron ¡Ganaron! Vacilaron también
de este lado de la victoria.

La vida es sólo vida, la muerte sólo muerte,
la dicha dicha y el aliento aliento.
Y si de veras fallo, al menos
conocer lo peor es dulce:
la derrota no es más que la derrota,
nada peor puede pasar.

Y si gano, ¡oh, cañones en el mar,
campanas en las torres!,
¡repítanlo al comienzo lentamente!
Es muy distinto imaginar el cielo
que despertar en él de súbito.
¡Para mí sería la muerte!

182

Si no estuviera viva
para el regreso de los petirrojos,
dale al de la corbata colorada
una migaja en mi memoria.

Y si no puedo agradecerte
porque lo impide mi profundo sueño,
sabrás que con mis labios de granito
lo intento.

201

Dos nadadores que lucharon juntos,
aferrados al mástil, hasta que salió el sol.
Uno llega —sonriente— hasta la orilla.
¡Dios! ¿Y dónde está el otro?

Pasan embarcaciones
buscándolo y divisan una cara
sobre el agua. Los ojos —en la muerte—
aún alzados, rogando,
y enlazadas las manos suplicantes.

223

Vine hoy a comprar una sonrisa,
una sola sonrisa.

La más pequeña de tu rostro
me dejará contenta,
la que nadie echaría de menos,
de tan pequeña.

Junto a tu “mostrador” te pido:
Señor, ¿puedes vendérmela?

Traigo diamantes en mis manos.

¿Sabes qué son diamantes?

Traigo rubíes, sangre del poniente,
traigo topacios como estrellas.

Para un judío fuera “un buen negocio”.

Di, pues, Señor: ¿puedo tenerla?

224

No tengo nada más para traer, lo sabes.
Te traigo pues lo mismo,
como la noche sigue trayendo sus estrellas
a nuestros ojos habituados.

Acaso ni las notaríamos
a menos que faltasen.
Tal vez entonces fuera un acertijo
encontrar el camino a nuestra casa.

239

El “Cielo” es... lo que no está a mi alcance.
La manzana que cuelga
en el árbol, muy alta:
eso es el “Cielo” para mí.

El color de la nube pasajera,
la tierra prohibida
detrás de la colina o de la casa,
allí se encuentra el paraíso.

La púrpura huidiza de los atardeceres
es señuelo para los crédulos
enamorado del ilusionista
que nos rechazó ayer.

249

¡Las noches tempestuosas, las noches tempestuosas!
Si estuviera contigo,
nuestro lujo serían
las noches tempestuosas.

Los vientos qué le importan
al corazón llegado a puerto,
qué le importa la carta
ni la brújula.

Ya en el Edén remando.
¡Ah, el mar!
Que pueda yo esta noche
morar en ti.

294

Los condenados miran con delicia
diferente el amanecer,
porque no están seguros de asistir
otra vez a su fuego.

El hombre que mañana ha de morir
escucha atento al pájaro del prado,
porque su canto mueve el hacha
que ya reclama su cabeza.

Dichoso aquel para quien sale el sol
al comienzo de un día enamorado
y para quien el pájaro del prado
tiene algo más que una elegía.

315

Él tantea en tu alma,
como en las clavijas los músicos,
antes que la orquesta comience.
Te aturde poco a poco,
prepara tu naturaleza
quebradiza para el etéreo golpe,
con martillos muy delgados que suenan
lejos. Entonces, tan despacio
que el aliento ha alcanzado a recobrase
y a calmarse la mente,
te hiera con un imperial rayo
que desuella tu alma desnuda.

Cuando los vientos toman en sus garras el bosque
se halla el universo sosegado.

324

Algunos guardan el domingo yendo
a las iglesias. Yo lo guardo en casa,
con un gorrión como corista
y un huerto como cúpula.

Ellos se visten de sobrepelliz,
yo con mis alas. Y en lugar de repiques
de campana que llamen a los templos,
nuestro pequeño sacristán gorjea.

Y Dios —notable clérigo— predica
y su sermón no es largo.
Así, en vez de ir al cielo cuando muera,
voy desde ahora al cielo.

327

También a mí, cuando tenía ojos,
me gustaba ver
como a otras criaturas que los tienen
y no conocen otro modo.

Pero si hoy me dijeran
que va a ser mío el cielo,
me estallaría el corazón
de puro gozo.

Míos los prados
y las montañas mías,
los bosques, las estrellas incontables,
todo lo que pudiera tomar de mediodía
en mis ojos estrechos.

El vuelo de los pájaros, la ruta
ámbar de la mañana, todo
para mirarlo cuando yo quisiera:
esa nueva me mataría.

Es más seguro, pues, que la mente adivine,
junto al cristal de la ventana,
lo que otros seres tocan con los ojos
sin advertir el sol.

335

Morir no duele tanto,
lo que más nos duele es la vida.
La muerte es otra cosa: algo
más allá de la puerta,

la costumbre sureña de los pájaros
que antes que llegue el frío
acepta más benignas latitudes.
Nosotros somos aves que se quedan

tiritando a la puerta del granjero
cuya avara migaja demandamos,
hasta que nieves compasivas
hacia el hogar empujan nuestras alas.

359

La gané así:
trepando lentamente,
agarrándome de las ramas
que había entre la dicha y yo.
Y colgaba tan alta
como el cielo
procurado por estrategia.

Dije que la obtuve,
eso fue todo.
Mira cómo la aferró,
no sea que se pierda
y yo vuelva a ser pobre...
Incapaz, por la gracia de un instante,
del rostro de mendiga satisfecha
que tuve hace una hora.

381

Secreto compartido
deja de ser secreto.
Guardado, puede ser temible.

Pero es mejor que temas
—continuamente— tu secreto,
no tu secreto y, además, a aquel
con quien lo compartiste.

405

Estaría más sola
sin mi soledad:
tan hecha estoy a mi destino.
Si lo otro —la paz— viniera,

podría interrumpir la oscuridad
y atestar el pequeño cuarto,
demasiado exiguo
para contener el sacramento.

No estoy acostumbrada a la esperanza.
Sería —si llegara, dulce—
una intrusa y podría profanar
el lugar destinado al sufrimiento.

Quizá sea más fácil fracasar
divisando la tierra
que conquistar mi azul península
para perecer de deleite.

407

Si lo posible fuera lo hacedero,
qué criterio menudo.
Lo último del habla
es la impotencia de decir.

410

La noche del primer día había llegado.
En agradecimiento por haber resistido
aquello tan terrible,
yo le pedí a mi alma que cantara.

Que sus cuerdas estaban rotas
y su arco quebrado, dijo.
Y así tuve el trabajo de arreglarlos
hasta la siguiente mañana.

Y luego un día, tan enorme
como muchos ayeres, desplegó
su terror en mi cara
hasta cerrar mis ojos.

Y entonces comenzó mi cerebro a reír
y yo a mascullar como loca.
Y aunque de aquel día hace años,
todavía la risa dura.

Y hay algo extraño dentro:
esta y aquella que yo fui
no parecen la misma.
¿Será esto la locura?

419

Nos familiarizamos con la sombra
si la luz se retira,
como cuando un vecino, al despedirnos,
lleva una lámpara.

Por un momento vamos inseguros
por la novedad de la noche.
Luego nuestra visión se hace a la oscuridad
y encontramos erguidos el camino.

Y así con esa oscuridad más vasta,
esos anocheceres del cerebro,
cuando ninguna luna nos deja ver un signo
y no aparece ningún astro.

El más valiente tambalea un poco
y se va algunas veces contra un árbol
—directamente— de cabeza.
Pero aprende a ver luego,

bien que la oscuridad se haya mudado
o que algo en el ojo
se adecue a la medianoche.
La vida avanza, casi recta.

421

Un rostro apenas entrevisto
tiene un embrujo raro.
La dama no se atreve a alzar el velo
para no disiparlo.

Y —a través de su malla— mira
y queriendo se niega,
no sea que la vista mate
deseos que la imagen alimenta.

425

¡Buen día, medianoche!
Regreso a casa.
El día se cansó de mí,
no yo de él: ¿cómo podría?

Era un grato lugar la luz del sol,
en ella estaba a gusto.
Ahora sin embargo no me quiere.
¡Buena noche, pues, día!

Ya puedo ver —¿acaso no lo puedo?—
el oriente rojo.
Entonces la colina tiene un modo
que pone al corazón fuera de sí.

No eres tan bella, medianoche.
Elijo el día.
Pero recibe a esta niñita
por él abandonada.

430

Nunca sería ya lo ordinario, me dije.
La diferencia aparecía.
Mucho de amargo había habido
pero todo eso terminaba.

O si a veces parecía volver
en las más plácidas mañanas,
la dicha hallada haría del dolor
—por muchos años— algo llevadero.

Estaba tan feliz que mi mejilla
lo publicaba en rojo.
Sentía que mis ojos lo contaban:
hablar no era preciso.

Iba y mi cuerpo llevaba tras sí
—como alas— los pies antes usados
y ahora innecesarios para mí
como botas para los pájaros.

Volqué afuera mi gozo,
doté con él al mundo
y a cada criatura que encontraba
le di un nombre de oro.

De pronto mis riquezas se encogieron,
un duende se bebió mi rocío
y se hundieron —sin nadie— mis palacios.
Era otra vez una mendiga.

Me aferré a los sonidos,
tanteaba las formas,
sentí que el desierto volvía
a lo largo de mis dorados versos.

Mi capote cuelga de un clavo,
el grosero sayo que usaba.
¿Y dónde está mi gota de elixir de la India?
¿Dónde mi instante de brocado?

433

Sabe cómo olvidar.
Pero ¿sabrá enseñarlo?
Es la más fácil de las artes —dicen—
cuando se aprende.

Adquiriéndola han muerto muchos
lerdos corazones.
El sacrificio por la ciencia
es común hoy en día.

Yo fui a la escuela, pero
nada aprendí:
ni lo mostraba el logaritmo
ni el globo lo enseñaba.

¡Cómo olvidar!
¡Dime algo, filósofo!
¡Ah, ser bastante
erudita para saberlo!

¿Está en un libro?
Podría, pues, comprarlo.
¿Es cómo un planeta?
Lo haría ver el telescopio.

Si fuera una invención
precisaría una patente
Rabí del Sabio Libro,
¿no lo sabes tú?

443

Pliego mi chal y me ato mi sombrero.
Hago con precisión las pequeñas tareas
de la vida, como si las menores
para mí fueran infinitas.

Pongo en el vaso nuevas flores
y boto las marchitas,
quito de mi vestido un pétalo
que cayó allí.
Mido el tiempo que hay hasta las seis:
estoy tan ocupada.
No obstante, en algún punto del pasado,
cesaron mi existencia y mi latido.
No podemos hacernos a un lado,
como hombres o mujeres ya completos,
cuando el mandado para el que vinimos
a la carne está hecho.

Puede haber millas de vacío,
de la acción más hastiada.
Es punzante trabajo simular
para que no descubran lo que somos
la ciencia ni la cirugía,
demasiado telescópicos ojos
para —en provecho suyo, no nuestro— soportarlos
sobre nosotros.

Los sobresaltaría
ver que temblamos.
Pero ya que tenemos
en el pecho una bomba,
mantengámosla en calma.

Por tanto, aunque la vida no nos dé ya su premio,
hacemos las labores de la vida
con una escrupulosa exactitud
para mantener el sentido.

449

Morí por la belleza. Pero apenas
me amoldaba a la tumba
cuando uno que murió por la verdad
fue puesto al lado mío.

Preguntó con voz suave por qué había yo muerto.
“Por la belleza”, respondí.
“Y yo por la verdad. Las dos son una sola.
Somos hermanos”, dijo.

Y así—como parientes que en la noche se encuentran—
de habitación a habitación hablamos,
hasta que a nuestros labios llegó el musgo
y cubrió nuestros nombres.

501

Este mundo no es conclusión.
Hay una especie más allá,
invisible, como la música,
pero —como el sonido— positiva.
Ella nos hace guiños y nos burla.
La filosofía no sabe
y la sagacidad debe ir, al cabo,
como a través de un acertijo.
Conjeturarla deja perplejos a los sabios.
Los hombres, por ganarla, han soportado
el desprecio de las generaciones
y la crucifixión.
La fe resbala, ríe, se recobra.
Si alguien ve, se sonroja.
Se aferra a una ramita de evidencia,
le pregunta el camino a una veleta.
Desde el púlpito, muchos gestos.
Retumban fuertes aleluyas.
No pueden los narcóticos apaciguar el diente
que remuerde en el alma.

521

Da a los vivos la lágrima
malgastada en los muertos.
Así serían hombres y mujeres
en torno —ahora— de tu fuego,

en vez de las pasivas criaturas
a quienes se ha negado la caricia,
hasta que ellas la niegan
con el desdén etéreo de la muerte.

543

Le tengo miedo al hombre de palabra frugal,
al silencioso.

Al hablador puedo atraparlo,
distraer al verboso.

Pero del que sopesa mientras el resto gasta
su última libra,
de ese me cuido. Temo
que sea grande.

547

He visto un ojo moribundo
rodar y recorrer un cuarto,
como buscando alguna cosa.
Después nublarse,
después oscurecer,
después cerrarse
sin revelar qué era
lo que —visto— lo hubiese sosegado.

568

Aprendimos el todo del amor.
El alfabeto, las palabras,
un capítulo y luego el grueso tomo.
Estaba entera la revelación.

No obstante, cada uno
vio en los ojos del otro una ignorancia
más divina que la de la niñez.
Y cada uno —un niño para el otro—

intentaba exponer lo que ninguno
de los dos comprendió.
¡Ay, es tan grande la sabiduría,
tan varia la verdad!

600

De niña me inquietaba
—porque una vez fui niña—
cómo podía mantenerse el cielo
si un átomo caía.

Aunque era el cielo lo que más pesaba,
permanecía sólido y azul
y —podía probarlo— sin un perno.
¿Entenderían esto los gigantes?

Hubo luego problemas más serios en la vida.
Dejaré algunos para resolver
—arriba— cuando el álgebra sea menos difícil
o más fácil la prueba.

Quizá entonces también comprenderé
aquel que me dejaba más perpleja:
por qué los cielos no se derrumbaban
para caer —azules— sobre mí.

623

Era muy tarde para el hombre,
pero temprano aún para Dios.
No podía ayudar la creación,
pero de nuestro lado estaba la plegaria.

Qué excelente es el cielo
cuando la tierra no puede tenerse.
Qué hospitalario entonces es el rostro
de Dios, nuestro viejo vecino.

657

Habito la posibilidad,
una casa más bella que la prosa,
más numerosa de ventanas
y más rica de puertas.

De habitaciones como cedros
inexpugnables para el ojo
y que tiene por techo perdurable
el cielo.

Con bellos visitantes
y esta tarea:
extender mis estrechas manos
para aferrar el paraíso.

676

La más pequeña abeja
multiplica el verano
con su gota de miel.
Y se alegra de que su parva
fracción acrezca
la cantidad de ámbar.

712

Porque yo no podía detenerme a esperarlo,
Él paró —amablemente— a recogerme.
Sólo íbamos los dos en el carruaje:
los dos y la inmortalidad.

Lentamente avanzábamos,
Él no tenía apuro.
Y yo, por cortesía,
hice a un lado mi ocio y mis tareas.

Atrás quedó la escuela con su ronda de niños
que —en recreo— jugaban
y los campos de grano todo ojos
y dejamos atrás el sol poniente.

O él nos dejó más bien. Hubo rocío
y yo —helada— temblé,
pues sólo era de gasa mi vestido,
mi esclavina de tul.

Paramos ante una casa que parecía
una hinchazón del suelo.
El techo era visible apenas
y la cornisa estaba a ras de piso.

De esto hace siglos. Y, no obstante, siento que fue más largo el día en que advertí de pronto que las cabezas de los caballos apuntaban hacia la eternidad.

738

Que yo era “grande” me dijiste un día.
Está bien: seré “grande” si eso te satisface.
O chica. O de cualquier otro tamaño.
Sí, seré del tamaño que te guste.

¿Me quieres alta como el ciervo
o —como el reyezuelo— diminuta?
¿O de otras estaturas como otros
seres que he visto?

Dilo. Es tedioso adivinarlo.
Di lo y seré rinoceronte
o ratón
—a un mismo tiempo— para ti.

Di si quieres que sea reina
o criada,
u otra cosa, si hay otra cosa,
o nada,
con tal —únicamente—
que me ajuste a ti.

739

Muchas veces pensé que era llegada
la paz, cuando la paz estaba lejos,
así como los náufragos en el centro del mar
piensan que ven la tierra.

Y amainan el esfuerzo, sólo para encontrarse
tan lejos como yo de la esperanza.
Cuántas ficticias playas
hay antes de llegar a la bahía.

850

Canto para llenar la espera.
No tengo más que hacer
que atarme mi sombrero,
cerrar la puerta de mi casa.

Hasta que oiga sus pasos que se acercan
y viajemos al día y nos contemos
cómo cantábamos
para alejar la oscuridad.

888

Cuando veo salir el sol
de su maravillosa casa
y dejar un día a cada puerta
y una hazaña en cada lugar,

sin accidente alguno de ruido
ni incidente alguno de fama,
la tierra me parece un tambor
que un grupo de niños acompaña.

1083

Cuando se va, sabemos
qué tan grande era aquel
que fue recientemente entre nosotros.
Con su partida,

un abolido sol
se hace querer el doble
que antes, a pesar de toda
su dorada presencia.

1129

Di la verdad entera pero dila sesgada.
El logro está en decirla oblicuamente.
Demasiado brillante para que la gocemos,
es la verdad alta sorpresa
como para el niño el relámpago
que alguna explicación benévola mitiga.
Que la verdad deslumbre gradualmente
no sea que quedemos ciegos.

1151

Corre el riesgo, alma mía.
Ser con la muerte
fuera mejor que ser sin ti.

1233

Habría soportado
la sombra si no hubiera visto el sol.
Pero la luz hizo un desierto nuevo
de mi desierto.

1251

Es el silencio lo que nos da miedo.
En una voz hay rescate.
Pero el silencio es lo infinito
sin cara.

1263

Para llevarnos a lejanas tierras
un libro es la mejor fragata
y el mejor corcel una página
de saltarina poesía.
El más pobre puede hacer este viaje
sin peaje opresor.
¡Qué frugal la carroza
que lleva al alma!

1316

Está bien el invierno. Sus deleites
blancos tienen itálico sabor
para intelectos embriagados
del verano o del mundo.

Genérico como cantera,
y cordial como rosa,
invitado con aspereza
y cuando se va bienvenido.

1322

Una cinta de seda
no te salvará del abismo.
Lo hará una sogá. Pero
—como souvenir— una sogá
no es bella.
Es no obstante —te digo— cada paso una trampa,
cada parada un pozo.
Di pues lo que prefieres: sogá o cinta.
Son módicos los precios.

EMILY DICKINSON* (1830-1886 Amherst, Massachusetts). Poeta estadounidense, hija y nieta de prominentes figuras políticas e intelectuales, educada en un ambiente puritano y estricto que la convirtió en una persona solitaria y nostálgica. Durante su vida rara vez salió de casa y sus amistades fueron escasas; sin embargo, entre las pocas personas que frecuentó, tuvo especial aprecio por el Reverendo Charles Wadsworth, quien tuvo un impacto enorme sobre sus pensamientos y su poesía. Aunque nació en plena época romántica, nada tiene en común con el romanticismo. Su profunda vida interior está reflejada en su poesía, llena de lirismo, intimidad y pensamiento. Su voz, sin duda, es una de las más originales que ha dado la poesía americana, por su fragancia y precisión. Son poemas, en su mayoría, breves pero intensos, en los que expresa de una manera inconfundible su mundo interno, con una gran emoción y belleza. Escribió más de 1800 poemas, pero sólo fue editada en 1890 después de su muerte.

* <https://www.casadellibro.com/libro-dickinson-poemas-2aa-ed/9788475220390/331202>

<http://amediavoz.com/dickinson.htm>

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamarío Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de eratas. Antología*, José Manuel Arango

48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanos. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa

95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlostén y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Álvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra

142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imagínate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío. Antología poética*, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno. Antología personal*, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en agosto de 2019

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem